

En este desencadenamiento de relatos que despiertan nuestros sentidos a una verdad quemante, Ana Rosa Angarita nos hace revelaciones de un trasmundo americano muy aparte de las líneas turísticas. Nos describe un enlazamiento simbiótico de fuerzas en donde lo "interior" y lo "exterior" rompen para siempre sus zonas demarcables. Ella hace una investigación poética de las raíces del alma.

En cada una de sus páginas hay una luz encendida, una fuerza de mujer dadora de vida, un llanto por todo el dolor humano que se derrama en nuestro amasijo de pueblos talados y bosques decapitados y niños deshechos.

Sin embargo, esta gran maga mayor, hace salir de las cenizas el canto y toca el tambor de la esperanza.

Termino de leer su libro y siento que pertenecemos a una misma y grandiosa familia diseminada, pero no perdida, a lo largo de toda América. Nosotros, nosotras, escribiendo, creamos las alturas del espíritu. La obra de esta escritora logra recrear el mágico mundo real de su tierra y de sus gentes y es este conocimiento telúrico lo que da profundidad y belleza a su verdad escrita.

<p><b>Como una orilla</b> Luis Alberto Crespo Caracas, Monte Avila, 1991</p>
--

**José Pérez**

Hay fronteras que no se pasan nunca, que son latido profundo de golpes que han sellado la inmanencia del ser. Fronteras que son como la errancia misma; algo que se queda en un punto atravesado de infinitudes. Lugares donde se puede clavar una estaca para medir el paso de las horas con un hilillo de sombra que se inclina hacia la

tarde, que se tuerce hacia los giros del mediodía o que entierra su pocito de sombra al pie del madero, como abriendo un surco para esconder lo efímero y abrir lo misterioso. Lugares que son como una hoja de papel sobre la que emprende su carrera la punta desgastada de un lápiz, de un bolígrafo, de una pluma, casi al borde de las uñas, casi al tacto de las yemas. Es como si dejáramos escurrir en el vacío las antiguas suntuosidades de los campos, la vastedad de los médanos en el camino de la memoria, la delgadez de los rastros de lagartijas, las melodías ensombrecidas de los pájaros nocturnos, las medialunas de los cascos en el pedregal que tronchaba a su paso un ruciomoro en su destino errante, al filo de unas huellas entre cardones y tunas, entre horizontes y llanura. Es como si leyéramos, en un mismo mediodía, toda la poesía junta de Luis Alberto Crespo. ¿Cómo evitar ver las cosas al través de su visión del paisaje, del entorno inmediato, y del lugar íntimo que todos habitamos?

Si como toda poética, la de Luis Alberto Crespo obedece a un itinerario, tenemos que aceptar entonces que ese itinerario está dado por un doble sentido del movimiento: la doblez que deja el acto de entrar a la casa dejando atrás el camino de regreso, y el acto de salir de la casa dejando atrás las comuniones del alma con las múltiples fragmentaciones de *lo vivible y lo morible*. Adjetivos que sólo pueden pretender asomar una intención de nombrar lo coadyuvante.

Esa idea del "más allá de", ese irse, ese estar lejos, ese haber dejado atrás algo, ese estarse quieto en medio de "esto otro", es uno de los parámetros de la poesía de Crespo. Entre barrancos y zanjones, acude a "la señal de los abismos" (como diría el poeta Carlos San Diego); entre chispas y resplandores, acude a los fogonazos de la candela y la resolana; entre los riesgos del olvido y el dolor, acude a las escarbaduras de los zamuros y el adiós de las cenizas; entre las rajaduras del tiempo, acude a la fila de los cerros y al vuelo de los murciélagos. En su contemplación nombra cagajones, barriales, polveríos, bestias, quebradas, la pimpina, los potreros, las espinas, las tunas, el verano, la tierra, la serranía, la tijúa, la desolación, la esperanza perdida, el lugar de morir en lo abierto del espacio, el olor de la carroña, el comienzo del olvido en la soledad de la intemperie,

la peladura del monte, el matorral cercano, la sed de los cardones, el nombre interminable del vacío. Por eso en *Mediodía o nunca* (1989), el poeta se confiesa ante el motivo de sus búsquedas: "Me cuesta regresar de lo que miro/ Me la paso con cosas remotas en los ojos/ Hay un hermoso día en las lágrimas".

Luis Alberto Crespo da un giro entre las cosas menudas, de nuestro entorno, nunca antes celebradas. En esto coinciden quienes han señalado en su obra el efecto por la casa como transfiguración del espacio interior. Sin embargo, el poeta transmuta en esa identificación con lo acogedor o recogedor, el ámbito de la escritura. La casa no es sólo el hábitat circunscrito a lo memorioso. No. Es también el ambiente y la razón de ser de la escritura: "La casa es mi casa/ porque yo lo escribo" (*Entreabierto* 1984); y esa identificación de la casa con la escritura es a menudo una manera de confesar el ejercicio de lo reflexivo, de lo introspectivo: "La casa/lugar de morir" (*Resolana*, 1980). Por eso aparecen los elementos que llenan el espacio hogareño, como si fueran versos, palabras, frases, signos, a la vez que objetos u oficios, pero nunca como *pertenencias*, o *propiedades* en el sentido más estricto de esas palabras. La cesta de los hilos, los carretos de hilo, la aguja, el ropero —arte de tejer—, los chinchorros, las sábanas, la colcha; la jarra de leche, el pocillo de café —el asomo hacia el ordeño—; los travesaños de la casa, el horcón, las puertas, la reja, la llave, las rendijas del techo (que sólo pueden ser vistas desde adentro), las rajaduras del piso, del suelo, las paredes y la cal; y los accesorios; el paño de espantar moscas, el espejo (en el cuarto), la alacena, la escopeta, la pistola, el aguardiente, las tapas de cerveza, la bacinilla, los baúles, el butacón, la repisa de lo tocamientos. Todos estos elementos, llevados —trasladados—, a una poética muy minuciosa en eso de dar cuenta de lo que hay o falta en la casa, hace evidente el acto de la escritura como acto consciente mediante la observación y el detallismo. El acento lírico está dado por la relación del poeta con las cosas.

Otro de los parámetros de la poesía de Luis Alberto Crespo es el relacionado con la fugacidad y la permanencia, la lejanía y el reencuentro, el olvido y el más nunca. Bien lo apunta Rafael Castillo Zapata en el prólogo a la antología poética de Crespo: "se nos pre-

senta como una especie de viaje detenido, aventura de progresiones estáticas, circulares, donde lo que se impone, finalmente, es la idea, paradójica y perfecta, de lo inmóvil que se mueve, de lo fijo que se evade" (Como una orilla, Monte Avila Editores, 1991; p. 8). Sin embargo, es una posición sostenida en una palabra muy especial: el mediodía. Es mediodía porque es cuando las cosas se mueven y no se mueven, es cuando la tierra está abierta como un corazón desangrado. En este sentido la poesía de Crespo es un desgarramiento, y por eso se le identifica con el adiós o el olvido, la memoria o el más nunca: "Qué hora es/ o eso es el olvido?", pregunta en *Entreabierto* (1984). Y por eso siente "ese gusto a lágrima que tiene la palabra olvido". Y por eso, también sabe "la pobreza de estar solo" y se confiesa: "En lo interminable todo se adelgaza/ Detrás de esas matas comienza el olvido" (*Mediodía o nunca*, 1989). El olvido, asumido como vencimiento de la vida, no significa de ninguna manera una derrota. Es, quizás, el espacio abierto de un comienzo: el más nunca. "Quienes esperan por nosotros nos adivinan/ desde la punta de algo/ una y otra vez/ y más nunca" (*Señores de la distancia*, 1988). Por eso para el poeta la nostalgia es sagrada: Por eso, también, el fragmentarismo, las tantas orillas que asoman por sus versos, los mediodías, el nuncajamás, la desgarradura, el barranco.

No compartimos el criterio de Rafael Castillo Zapata al considerar que el último poemario de L. A. Crespo, *Sentimentales* (1990), cierra el ciclo de la "devastación ontológica" del poeta en "sus idas y venidas" por lo provinciano, lo caroreño, lo agreste, lo desértico, lo entreabierto. A nuestro juicio ese "círculo" ya se había cerrado con *Mediodía o nunca*, un año antes, en 1989. En *Sentimentales*, Luis Alberto Crespo lucha por despojar su nueva escritura de la subyugante circularidad de los temas del pasado, y busca liberarse en una reflexión que intenta revelar su estado más íntimo. Por eso se entrega, por momentos, al juego de los cuerpos (que puede ser evocación, por qué no), con asomos eróticos de fina galanura: "Todavía es demasiado blando para vivir"/ y encontrarnos en los labios/ Yo quiero sudar contigo/ ser el otro de tu cuerpo". Aparece una nueva manera de invocar lo infinito, la plenitud, la delgadez de la tierra y del ser; una nueva errancia del yo que intenta ahora nombrarse a sí mismo más allá de lo habitado y lo habitable.